

Las significaciones de los lugares. De Plaza de Mayo a Tlatelolco

Jorge J. Locane
Universität zu Köln
jjlocane@gmail.com

Citation recommandée : Locane, Jorge J. "Las significaciones de los lugares. De Plaza de Mayo a Tlatelolco". *Les Ateliers du SAL* 11 (2017) : 13-23.

Quisiera introducir las páginas que siguen con una cita de una figura muy controvertida de la historia cultural argentina. El pasaje corresponde a Bonifacio del Carril y, aunque bien podría ser hecho, no es motivo de este trabajo cuestionar su labor pública y su posicionamiento político¹. Antes que eso, lo que aquí interesa es el contenido específico de las palabras que voy a reproducir. Este texto está dedicado al valor simbólico de la Plaza de Mayo, la plaza principal de la ciudad de Buenos Aires, y a Tlatelolco, un complejo e importante espacio ubicado hoy en día en la Ciudad de México. Bonifacio del Carril publicó en 1964 una muy breve y, aunque hoy olvidada, pionera historia de la Plaza de Mayo²; antes una suerte de artículo periodístico que un ensayo. Entre otras cosas, anotó:

Hasta el rumor del hecho más lejano, la noticia de que se produjo un suceso importante en el lugar más apartado de la República, provoca la actitud inmediata: Vamos a ver qué pasa en la Plaza de Mayo, como si en la Argentina nada pudiese suceder, nada pudiese acontecer, si no repercute en la Plaza de Mayo. Esto lo saben todos los argentinos, naturalmente, desde niños sin que nadie se lo haya enseñado, y esto probablemente no sucede así, con igual significación, en ninguna otra plaza del mundo. (Carril, 48)

Lo significativo de este pasaje es el carácter singular que ya en 1964 del Carril le asignaba a la Plaza de Mayo, al punto de distinguirla como un lugar privilegiado a escala mundial. Voy a comenzar, pues, con este lugar en principio único que, además, está íntimamente vinculado a mi propia experiencia personal. Quisiera anotar, no obstante, que –de acuerdo con mis propias apreciaciones– el poder simbólico de Plaza de Mayo, aunque en términos generales sí lo sería, no es exactamente *único* en el mundo. Si hay un lugar con el que puede ser equiparada por su poder de generar relatos y alusiones en constante proliferación, este sería, precisamente, Tlatelolco.

¹ Bonifacio del Carril fue un político e intelectual argentino. Durante el gobierno de facto de José María Guido, en 1962, ostentó el cargo de ministro de relaciones exteriores, y el de embajador extraordinario ante las Naciones unidas en 1965 durante el gobierno de Arturo Illia. Fue miembro de la Academia nacional de la historia y presidente de la Academia nacional de bellas artes, además de colaborador regular del diario *La nación* y traductor de *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, y de *El extranjero*, de Albert Camus. Colaboró con la última dictadura cívico-militar en calidad de representante de la cultura argentina en el exterior.

² Posteriormente a los episodios históricos del año 2001 que la tuvieron como escenario protagónico, han aparecido dos importantes estudios dedicados a la Plaza de mayo: *La plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de mayo* (2005), de Gabriel D. Lerman, y *La Plaza de mayo. Una crónica* (2006), de Silvia Sigal. También se puede consultar el libro de Ramón Gutiérrez y Sonia Berjman *La Plaza de Mayo, escenario de la vida argentina* (1995).

En efecto, –y en esto no hay manera de desmentir a Bonifacio del Carril– nada ocurre en Argentina sin que tenga una réplica en Plaza de Mayo. Si de hecho Plaza de Mayo suele ser la locación física de no pocos eventos de relevancia pública, al mismo tiempo con frecuencia opera como un espejo de sucesos que tienen lugar a lo largo de todo el territorio nacional. En este sentido, habría que imaginarla como el “corazón” del país; y, como ocurre en cualquier otro dominio, un control simbólico de ese lugar clave constituye una tarea decisiva en la arena política. De aquí que –y esta es mi hipótesis principal– la escritura sobre Plaza de Mayo –y por supuesto también sobre Tlatelolco– no debería ser conceptualizada como una actividad mimética sino, antes, como una de carácter creativo; esto quiere decir que la escritura toma parte y desempeña un papel gravitante en la batalla por la apropiación simbólica de estos lugares estratégicos. Incluso más, en esta esfera específica, delimitada como concerniente a lo público, la escritura de ficción es una actividad crucial porque construye y reconstruye eso que Italo Calvino en su célebre libro definió como las “ciudades invisibles”, es decir, el compendio de significados asociados con los lugares empíricos y que siempre son motivo de disputa.

Buenos Aires fue fundada en 1580 por Juan de Garay quien le asignó el nombre “Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María de los Buenos Aires”. Plantó el así llamado “árbol de la justicia”³ y distribuyó la parcelas de acuerdo con el modelo de traza establecido en las Ordenanzas de Población de las Leyes de Indias que había promulgado el rey Felipe II en 1573⁴. El lugar donde Garay plantó el árbol de la justicia fue precisamente donde hoy se ubica la Plaza de Mayo, solo que en aquel momento no era más que un lugar baldío o, dicho en otros términos, un significante vacío, al menos para el logos occidental. En línea con el procedimiento habitual en las ciudades coloniales, los edificios principales de la ciudad –los

³ En el acto de fundación de las ciudades coloniales, era costumbre plantar un tronco descortezado en el lugar que sería el centro de la plaza principal y también el punto cero de la traza. Además de cumplir la función práctica de señalar un punto de referencia, constituía un símbolo de que las regulaciones jurídicas de la metrópoli habían sido establecidas. El tronco se encontraba erizado de argollas y ganchos que servían para colgar los cuerpos de los ejecutados y sujetar las cadenas de los reos que debían ser expuestos a la vergüenza pública.

⁴ Las ordenanzas de Felipe II, y antes las de Carlos I, poseían la función de regular el desarrollo urbano y poblacional en las colonias. Las disposiciones allí establecidas se aplicaron con mayor o menor rigor en todas las ciudades principales del nuevo continente. El trazado ortogonal en forma de damero de la red vial, la dimensión geométrica de las manzanas, el centro definido por un espacio rectangular no construido que haría de plaza y la construcción de la iglesia sobre su costado oriental son todos elementos normados ordenanzas.

representativos de los poderes y las instituciones- serían construidos alrededor de esta plaza en los siguientes años.

Pero ya durante el período colonial la plaza principal se convirtió en un lugar de importancia para los habitantes de la ciudad. En 1803 fue dividida en dos plazas separadas por la así llamada Recova: al este, del lado dominado hoy en día por la Casa rosada, quedó la Plazoleta del fuerte o Plaza del mercado y, al otro lado, la Plaza Mayor. Gracias a la Recova, el mercado en la Plazoleta del fuerte adquirió mayor vida y actividad y se convirtió en el centro comercial de la ciudad. La Recova fue demolida en 1884 y, así, la plaza tomó, finalmente, la apariencia actual. En lo que sigue, me interesa presentar de manera algo esquemática algunos de los episodios históricos más importantes que tuvieron lugar en la Plaza desde el ingreso en el período republicano a comienzos del siglo XIX.

1806: Tropas del Imperio Británico invaden la ciudad y ciudadanos locales la reconquistan luego de un acto oficial en la plaza principal. Después de este suceso, la Plaza mayor fue renombrada como Plaza de la victoria.

1810: La Revolución de la Independencia tiene lugar principalmente en la Plaza. Después de la Revolución, la Plazoleta del fuerte recibió el nombre actual: Plaza 25 de Mayo.

17 de octubre de 1945: una manifestación masiva de trabajadores se hace presente en la Plaza para demandar –y efectivamente conseguir– la liberación de Juan Domingo Perón quien se encontraba prisionero en la isla Martín García. Este evento es decisivo para la historia argentina porque la posteridad lo va a recordar como el día en el que fue fundado el peronismo. Así recuerda el día Bonifacio del Carril: "En la Plaza de Mayo se reunieron las multitudes que, lamentablemente extraviadas, apoyaron su gobierno. Las jornadas de octubre de 1945 son, por cierto, memorables para muchos millones de argentinos" (49).

16 de junio de 1955: Treinta aviones de la fuerza aérea y la aviación naval ametrallan y bombardean la Plaza de Mayo, lo que hasta el día de hoy constituye el mayor bombardeo aéreo sobre territorio continental en la historia del país. El ataque estaba dirigido a la Casa rosada mientras un importante grupo de seguidores se encontraba expresando su apoyo al presidente Juan Domingo Perón. El número identificado de muertos fue establecido oficialmente en 308 –incluidos algunos niños– más una cantidad de víctimas no identificadas.

30 de abril de 1977: Azucena Villaflor se hace presente en la Plaza acompañada de otras doce madres para demandar la reaparición con vida de su hijo secuestrado y desaparecido por la dictadura cívico-militar. Este episodio constituye nada menos que el acto fundacional de las Madres de Plaza de Mayo. Poco tiempo

después, será fundada la agrupación emparentada Abuelas de Plaza de Mayo.

Muchos otros eventos podrían ser considerados, pero para cerrar esta breve lista no podría dejar de mencionar uno que es parte de la historia reciente y de mi propia experiencia personal. El 20 y 21 de diciembre de 2001 una manifestación masiva tomó el control del Plaza de Mayo y sus inmediaciones para exigir la renuncia del presidente Fernando de la Rúa y su equipo de ministros, después de que el gobierno había decretado estado de sitio. Las Madres de Plaza de Mayo encabezaron estas protestas bajo la consigna "La Plaza es de las madres, no de los cobardes". Otra exclamación altamente expresiva del momento fue la que a la represión policial oponía un decidido "El pueblo no se va, el pueblo no se va".

Pues bien, como se observa, Plaza de Mayo no solo es un lugar donde la historia argentina siempre ha tenido lugar, sino también una locación que tiene que ser apropiada discursivamente y "llenada" con significados estratégicos. Esta batalla simbólica es, precisamente, una tarea que, en casos, la literatura de ficción va a asumir como su propio desafío.

Muchos relatos refieren explícitamente a Plaza de Mayo y colaboran, por lo tanto, con su permanente (re)construcción; por razones de espacio, no obstante, voy a comentar solo unos pocos casos.

La bolsa (1891) es una novela escrita por Julián Martel en la última década del siglo XIX que tematiza la crisis de la bolsa de valores en 1890. El texto comienza con una descripción de Plaza de Mayo encabezada por el título "El escenario". La descripción recorre diferentes edificios y lugares en la plaza para luego concentrarse en las personas que allí se encuentran, muchas de ellas presentadas con desprecio como inmigrantes. Al final de esta descripción se lee:

El grito agudo de los vendedores de diarios se oía resonar por todos los ámbitos de la plaza. Sin hacer caso de la lluvia, con sus papeles envueltos en sendos impermeables, correteaban diseminados, se subían a los tranvías, cruzaban, gambeteando, la calle inundada de coches y carros de todas formas y categorías, siempre alegres, siempre bulliciosos, listos siempre a acudir al primer llamado. En fin, la Plaza de Mayo era, en aquel día y aquella hora, un muestrario antitético y curioso de todos los esplendores y de todas las miserias que informan la compleja y agitada vida social de la grande Buenos Aires. (Martel 10)

Esta presentación de la Plaza ofrece una imagen en la cual inmigrantes y otras figuras populares actúan como protagonistas que le dan un ritmo acelerado al lugar. En tanto sinédoque de Buenos Aires, esta imagen da cuenta de una realidad a punto de ebullición, conducida por la inmigración y los procesos de

modernización. Se trata de un lugar que ha perdido su orden tradicional y tranquilidad y, por lo tanto, –bien se podría deducir– debe ser disciplinado. La Plaza en esta imagen aparece también como un punto donde información de todo el país y el mundo circula rápidamente en forma de periódicos.

También Julio Cortázar concentró el argumento de uno de sus libros en Plaza de Mayo. *El examen* es una novela escrita por él en los años 50, pero publicada recién en 1986. El grupo de protagonistas deambula por el centro de Buenos Aires y conversa sobre literatura, música y otros temas. En determinado momento se dirigen a Plaza de Mayo donde una extraña concentración de gente está teniendo lugar. El narrador presenta la entrada en la Plaza de la siguiente manera:

Cruzaron a la plaza bajo los balcones de la Casa de Gobierno. La niebla no resistía allí el calor de las luces y la gente, la otra niebla oscura y parda al ras del suelo. Miles de hombres y mujeres vestidos igual, de gris topo, azul, habano, a veces verde oscuro. La tierra estaba blanda desde que habían levantado las anchas veredas para despejar la plaza —aunque el cronista afirmaba que nada podía haberse despejado con eso, y pateó furioso el suelo— y había que andar con cuidado, agarrándose a veces del codo o los hombros de alguno que estuviera en un pedazo más firme de esa pista informe en la que lo único sólido parecía ser la Pirámide. (48-49)

También aquí la Plaza es un lugar que atrae a la multitud y a los trabajadores: la "otra niebla oscura y parda al ras del suelo". Sin embargo, el piso de la Plaza, esto es, la base, aparece caracterizado como uno muy débil e inestable. Un tipo de superficie altamente riesgosa y que, por lo tanto, no ofrece ningún tipo de seguridad.

Voy a volver a Plaza de Mayo en las conclusiones. Pasemos ahora a considerar algunos aspectos de lo que ocurre con Tlatelolco, un lugar sobre el que Roberto Bolaño escribió: "Fue en Tlatelolco. ¡Ese nombre que quede en nuestra memoria para siempre!" (28). No obstante, Tlatelolco es muchos lugares, y no solo por la superposición de significados con que aparece asociado, sino también porque refiere a diferentes, aunque interconectados, objetos y configuraciones urbanos. En un sentido básico, Tlatelolco es un área ubicada actualmente dentro de la delegación Cuauhtémoc de la Ciudad de México y centrada en la Plaza de las tres culturas. Parte de esta delegación es el Conjunto Urbano Nonoalco Tlatelolco: el complejo habitacional más grande de México, construido en los años sesenta por el arquitecto Mario Pani y severamente afectado por el terremoto de 1985. Originalmente, durante el periodo prehispánico, el área era una isla que resguardó la última resistencia contra Hernán Cortés y las tropas hispánicas. Antes de esto, el lugar era

conocido por su gran mercado, acaso el centro comercial más importante de toda América. Su vibrante vitalidad fue relatada por Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* y por otros cronistas, y también retratada por Diego de Rivera en su mural "Tianguis de Tlatelolco" (1942). Todo esto, de algún modo, se conserva en las memorias conectadas al lugar.

También en el caso de Tlatelolco, una lista sintética de los episodios históricos más importantes –y traumáticos– que lo han tenido como escenario es oportuna.

En 1521 Cuauhtémoc rinde la resistencia contra Cortés y es tomado prisionero. La derrota de Tlatelolco puede ser considerada el comienzo de una nueva historia no solo para América sino para todo el mundo. Poco tiempo después, en la década de 1530, se establece en el lugar el Colegio de Santa Cruz, el primer centro occidental de enseñanza superior en América.

Como parte de un amplio proyecto de modernización, en la década de 1960 se construye el Complejo Urbano Nonoalco Tlatelolco. Una parte significativa del complejo será, a su vez, destruida por el terremoto del 19 de septiembre de 1985, que solo en Tlatelolco causó centenares de muertes.

En 1967 se firma el Tratado de Tlatelolco, mediante el cual América Latina y el Caribe quedarían establecidos como zona libre de armas nucleares.

El 2 de octubre de 1968, diez días antes del comienzo de las olimpiadas de verano en México, la Plaza de las tres culturas fue escenario de la masacre llevada a cabo por fuerzas militares y paramilitares contra el movimiento estudiantil. Ese día, más de trescientos manifestantes fueron asesinados y, desde entonces, el crimen permanece impune.

También en este caso, la literatura tiene mucho que decir. El tópico más recurrente es, desde ya, la masacre de 1968. La literatura tiende a reforzar la conexión entre el lugar físico denominado Plaza de las tres culturas y el crimen aún impune. Es como si tratara de acentuar la afirmación "Tlatelolco es muchas cosas, pero que no se olvide que se trata, tal vez, del escenario más sangriento de México". Estos muertos –y también aquellos que fueron asesinados quinientos años atrás por los españoles y hace treinta por el terremoto– van a aparecer en las narraciones y en la literatura en la forma de fantasmas y recuerdos. Estos espectros habitan, por supuesto, la dimensión simbólica e imaginaria de Tlatelolco y a su manera expanden la percepción de la realidad empírica. Dicho en otras palabras, aunque estos habitantes no sean reales en términos empíricos, no dejan de ser parte de la percepción efectiva del espacio.

No puedo tampoco en este punto mencionar más que algunos pocos textos que de algún modo se concentran en Tlatelolco y amplían su percepción. Un caso que suele ser mencionado con

frecuencia es el poema "Manuscrito de Tlatelolco (2 de octubre de 1968)", de José Emilio Pacheco. Este poema está compuesto por dos partes. La primera recuerda el momento de la ocupación de Tlatelolco por parte de los españoles bajo el título "Lectura de los 'Cantares mexicanos'". En realidad, este pasaje fue escrito por un testigo anónimo de la ocupación de 1521 y reescrito por Pacheco con la última oración –"Es toda nuestra herencia una red de agujeros" (35)– en tiempo presente, con lo cual queda establecido un paralelismo entre aquellos sucesos y la masacre de 1968⁵. La segunda parte lleva el título "Las voces de Tlatelolco (2 de octubre de 1978: diez años después)" y reconstruye la masacre de estudiantes diez años después de sucedida en base a un procedimiento intertextual con el texto de Elena Poniatowska *La noche de Tlatelolco* (1971). La Plaza de las tres culturas va a adquirir una forma cerrada como si fuera la ciudad sitiada de Cuauhtémoc: "En realidad no había salidas:/ la plaza entera se volvió una trampa" (36). La Plaza se transforma, así, de algún modo en un matadero como ha sido presentado de manera ejemplar por Esteban Echeverría, precisamente, en *El matadero*, con toda su connotación de bárbara brutalidad. La sangre va a constituir, por lo tanto, un significante común compartido por esos dos momentos de Tlatelolco. La Plaza va a ser invadida por sangre y esta va a dominar su imagen: "Muchachas y muchachos por todas partes./ Los zapatos llenos de sangre./ Los zapatos sin nadie llenos de sangre./ Y todo Tlatelolco respira sangre" (38).

Otro ejemplo que me gustaría mencionar es un libro que reúne varias crónicas bajo el título *La crónica como antídoto: narrativas desde Tlatelolco*. Fue publicado por Eunice Hernández Gómez como coordinadora en 2015 y, en contraste con el poema de José Emilio Pacheco, el libro como un todo no intenta reforzar un único significado sino, precisamente, el valor polisémico del lugar. De modo que las crónicas del libro van a remitir a diferentes eventos históricos y también a la experiencia cotidiana de los habitantes actuales del complejo.

En una de las crónicas, titulada "Un complejo muy complejo" y firmada por Gustavo Alonso Cantú Rodríguez, se lee el siguiente pasaje:

Estamos sentados en donde estuvo el tianguis más grande de Mesoamérica: el de Tlatelolco. El mismo que dejó impresionado a Hernán Cortés hace cinco siglos. Hoy el lugar es una mezcla de ruinas prehispánicas, fachadas barrocas de la Nueva España y

⁵ Existen diferentes versiones del poema. Para mayores detalles al respecto, puede consultarse el estudio de Sanchis Amat. Yo sigo la aparecida en la "anthología personal" del 2014.

edificios sesenteros ya no tan modernos, llenos de popó de perro (51).

Como se observa, en este caso Tlatelolco nada tiene que ver con sangre. Por el contrario, aparece presentado –o mejor dicho, construido– como un lugar que ha perdido su magnificencia: si en algún momento supo ser el mercado más importante y vital de Centroamérica, en la actualidad lo que queda de ello no es más que un puñado de ruinas de diferentes épocas invadidas por deposiciones de perro.

Una operación completamente diferente ofrece la crónica de Karina Susana Pérez Castro que lleva el título "Nadie se lo contó". Manolo, un habitante del complejo, habla sobre Tlatelolco y lo presenta, en los términos que siguen, como un lugar caracterizado ante todo por su tranquilidad y seguridad:

—Me gusta vivir acá, dicen que Tlatelolco es peligroso, lo cual no es así, lo que pasa es que estamos rodeados por las "peores" colonias. De este lado –señala hacia el poniente– es Atlampa o el Nopal, es un barrio bravo, para acá al norte está San Simón, luego Paralvillo pegado con Tepito, al sur la Guerrero y al poniente Santa María "la ratera". (71)

Para concluir, la pregunta que se podría plantear sería si estos textos que he comentado, y por supuesto muchos otros que de algún modo tratan estos lugares emblemáticos, "describen" la realidad externa. Antes que ofrecer una respuesta inocente, preferiría argumentar que tanto Plaza de Mayo como Tlatelolco son lugares físicos, esto es, en cada caso un significante concreto, con una larga y compleja serie paradigmática de significados asociados y al menos en parcial competencia entre sí. La conexión entre el lugar material y un significado en particular o un grupo de ellos debe ser permanentemente establecida y restablecida o, de otro modo, condenada al olvido. Diferentes fuerzas sociales, por lo tanto, intentan asignarles significados de acuerdo con su posición en la estructura y sus propios intereses. Debido a su enorme importancia para las sociedades locales, lugares como Plaza de Mayo y Tlatelolco resultan especialmente susceptibles de significaciones y resignificaciones. Esto implica una suerte de batalla simbólica a la cual la literatura tiene mucho para contribuir. Por momentos, el lector se vería tentado a suponer que está leyendo "descripciones", pero, en realidad, lo que siempre está leyendo son construcciones con asociaciones no necesariamente predeterminadas con los lugares de referencia. Los lugares, en este sentido, son estructuras muertas que reclaman ser llenadas con significados. La literatura, entre otras expresiones, puede asumir esta función, pero no puede hacerlo más que de manera

selectiva, de tal suerte que refuerza algunos significados en detrimento de otros. En casos, con cierta fidelidad a la información histórica o empírica, pero siempre también con sus propias contribuciones imaginarias. Esta dimensión simbólica es constitutiva del espacio y, por lo tanto, como apunta Michel de Certeau:

allí donde los relatos desaparecen (o bien se degradan en objetos museográficos), hay una pérdida de espacio: si le faltan narraciones (como se puede constatar lo mismo en la ciudad que en el campo), el grupo o el individuo sufre una regresión hacia la experiencia, inquietante, fatalista, de una totalidad sin forma, indistinta, nocturna. (136)

Más aún, como lo comprueba nuestra manera de acercarnos a los lugares por medio de la literatura y experimentarlos sin que haya vivencia, se trata, finalmente, de que la narración, los relatos y la literatura en tanto relato formalizado anteceden –en el sentido de que se imponen y regulan la percepción– a la contundencia material de los espacios físicos.⁶

⁶ Para mayores argumentos al respecto y sobre el poder performativo de la literatura, puede consultarse mi libro *Miradas locales en tiempos globales*.

Bibliografía

- Bolaño, Roberto. *Amuleto*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Calvino, Italo. *Las ciudades invisibles*. Buenos Aires: Minotauro, 1974 [1972].
- Carril, Bonifacio del. "Breve historia de la Plaza de Mayo, la Plaza de la Libertad". *Cuadernos 84* (1964): 45-49.
- Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana, 2000 [1990].
- Cortázar, Julio. *El examen*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986.
- Gutiérrez, Ramón y Sonia Berjman. *La Plaza de Mayo, escenario de la vida argentina*. Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, 1995.
- Hernández Gómez, Eunice (coord.). *La crónica como antídoto: narrativas desde Tlatelolco*. México: Universidad Autónoma de México, 2015.
- Lerman, Gabriel D. *La plaza política. Irrupciones, vacíos y regresos en Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Colihue, 2005.
- Locane, Jorge. *Miradas locales en tiempos globales. Intervenciones literarias sobre la ciudad latinoamericana*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, 2016.
- Martel, Julián *La bolsa*. Buenos Aires: Imprenta de La nación, 1891.
- Pacheco, José Emilio. "Manuscrito de Tlatelolco (2 de octubre de 1968)". *Los días que no se nombran. Antología personal / 1958-2010*. México: Ediciones Era/El colegio nacional. 35-39.
- Sánchez Amat, Víctor Manuel. "Entre Tlatelolco y Tlatelolco: voces de la poesía mexicana en torno al 2 de octubre de 1968". *Telar* 13-14 (2015): 150-165.
- Sigal, Silvia. *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.